

Camino español

Felipe de Habsburgo y Guillermo de Orange

Ha llegado al palacio Guillermo y Felipe le recibe con cariño a pesar de que no le gusta que la gente llegue sin avisar. Al fin y al cabo para Carlos, el padre de Felipe, Guillermo es también como un hijo y como tal hay que considerarle.

Son las once de la mañana y ha llegado desde Génova en una preciosa bicicleta eléctrica de trekking.



Vaya, no quiere quedarse unos días; ni siquiera quedarse a comer.

El día tiene todavía horas de luz por delante y quiere seguir pedaleando; Amberes está muy lejos. Sólo pasaba para invitarle a hacer el viaje con él.

-Pero, hombre, ¿qué dices?

-Pues eso, ¿te vienes o no?

-Pero.....

-Tú eres aquí el señor, nadie se va a atrever a ponerte pegas.

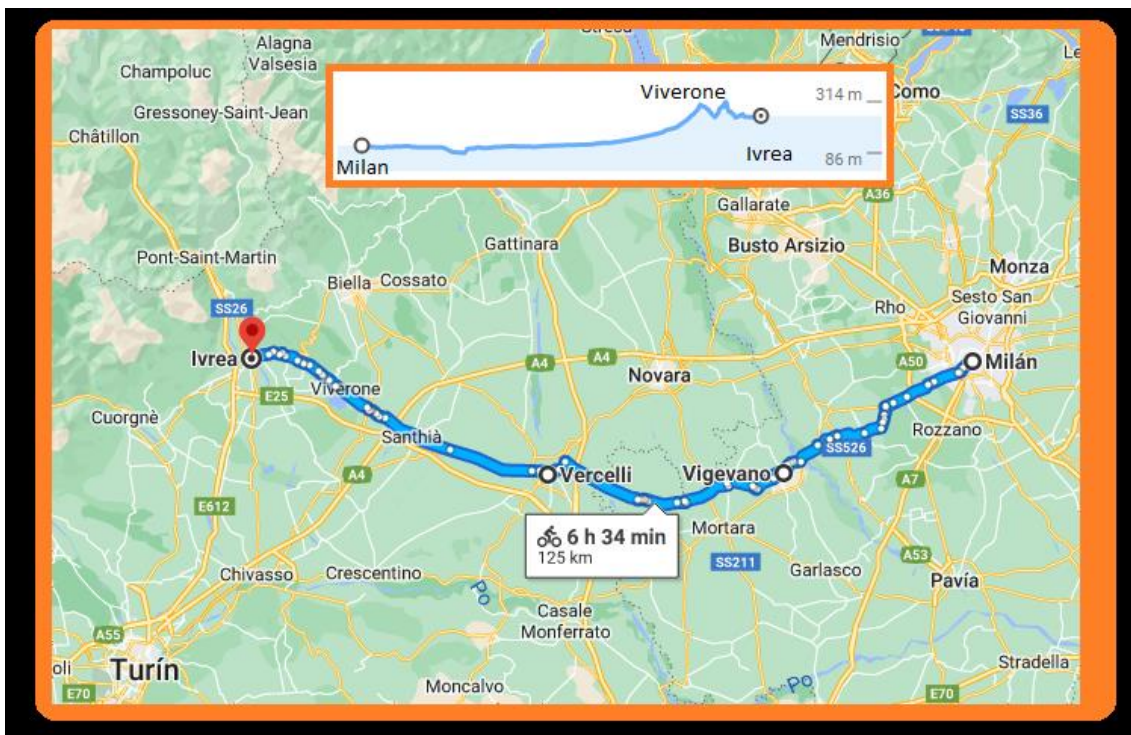
Felipe no dice nada y entrecierra los ojos en actitud pensativa; desde luego es una locura, pero es cierto que nadie osará ponerle dificultades. Bueno, su padre se enfadará, pero en este momento se encuentra a miles de kilómetros. ¿Y por qué no? Avisa a su secretario de lo que va a hacer y como éste se queda con la boca abierta sin decir nada, los dos jóvenes, incluso se podría decir "los dos hermanos", se van a una tienda de bicis y allí el español se hace con una bici similar a la del germano, pero bastante más barata.

Guillermo protesta un poco por la elección, pero no insiste, en realidad el modelo elegido es más que suficiente para el viaje.



Milan Ivrea

Ivrea es la primera etapa.



Muy cansados pero alegres atraviesan el Ticino y Felipe explica a Guillermo los problemas relacionados con un puente nuevo.



Paran a comer en la ciudad de Ludovico el Moro y continúan pedaleando; aunque están en octubre y la tarde es luminosa no tienen tiempo que perder.

Atraviesan Vercelli y comentan entre ellos que ya no se encuentran en los dominios de Felipe: están en el Piamonte; bueno en la Saboya italiana.

Se encuentran con una cuesta que al alemán, ya bien entrenado, le parece suave, pero el de Pucela comienza a sentirse horriblemente cansado.

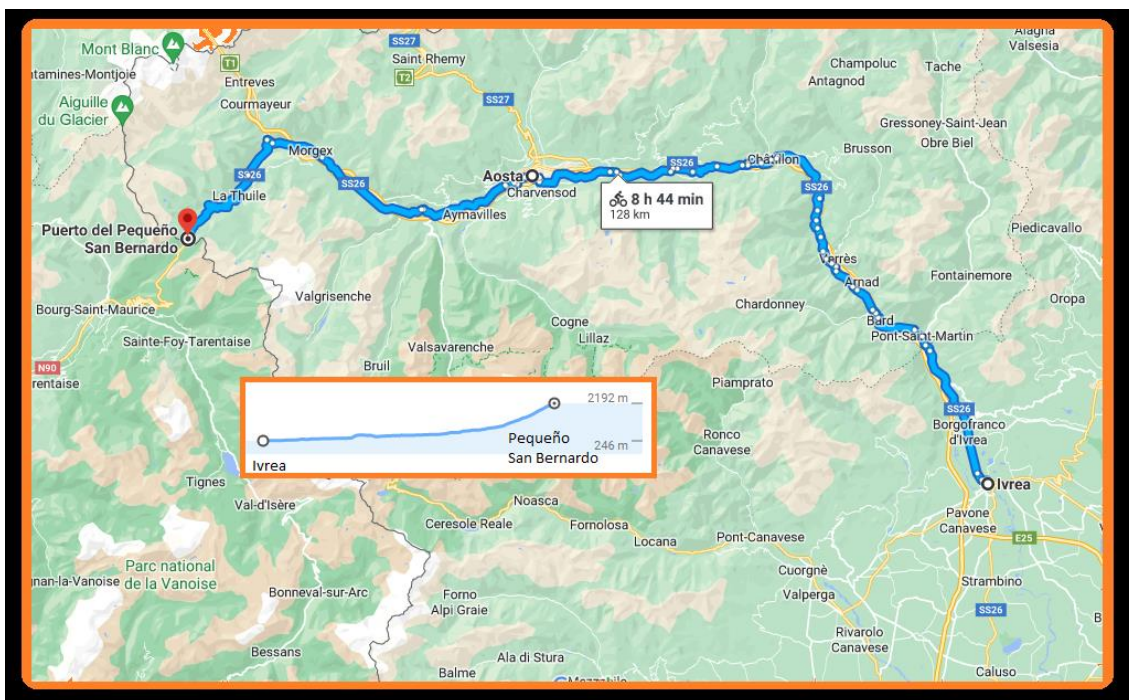
Pasan junto a un pequeño lago y por fin llegan a la etapa. Guillermo está feliz pero Felipe apenas puede cenar y apenas puede hablar: “¡pero que viejo estoy!

Bueno, al menos puede dormir; vaya, duerme como un tronco.



Ivrea Pequeño san bernardo.

La segunda etapa es el Pequeño San Bernardo.



El alemán piensa que le va a resultar muy dura la fracción a su hermano y consigue despertarle muy temprano, de modo que tienen todo un largo día por delante.

En la cuesta de Saint Vincent Felipe encuentra la alegría de pedalear en pendiente pero con poco dolor de piernas.

Siguen valle arriba junto al río camino de Aosta. Cruzan la capital y siguen junto al Dora Baltea; la pendiente es suave y gracias a la asistencia eléctrica caminan cómoda y rápidamente; pero por fortuna al llegar a Pré saint didier han alcanzado la cota de los 1000 metros.



De modo que el Puerto va a suponer un desnivel de algo más de 1000 metros en algo más de 20kms, es decir una pendiente aproximada al 5%, eso sí muy continua, es decir sin altibajos bruscos.

Y comienzan la subida y Felipe, a los 5 kilómetros, no puede con su dolor de piernas, pero Guillermo le anima, le empuja, y consigue que no se baje hasta llegar a La Thuile.

Son las 3 de la tarde y tienen aún tiempo de luz por delante de modo que optan por comer tranquilamente en una pizzería.

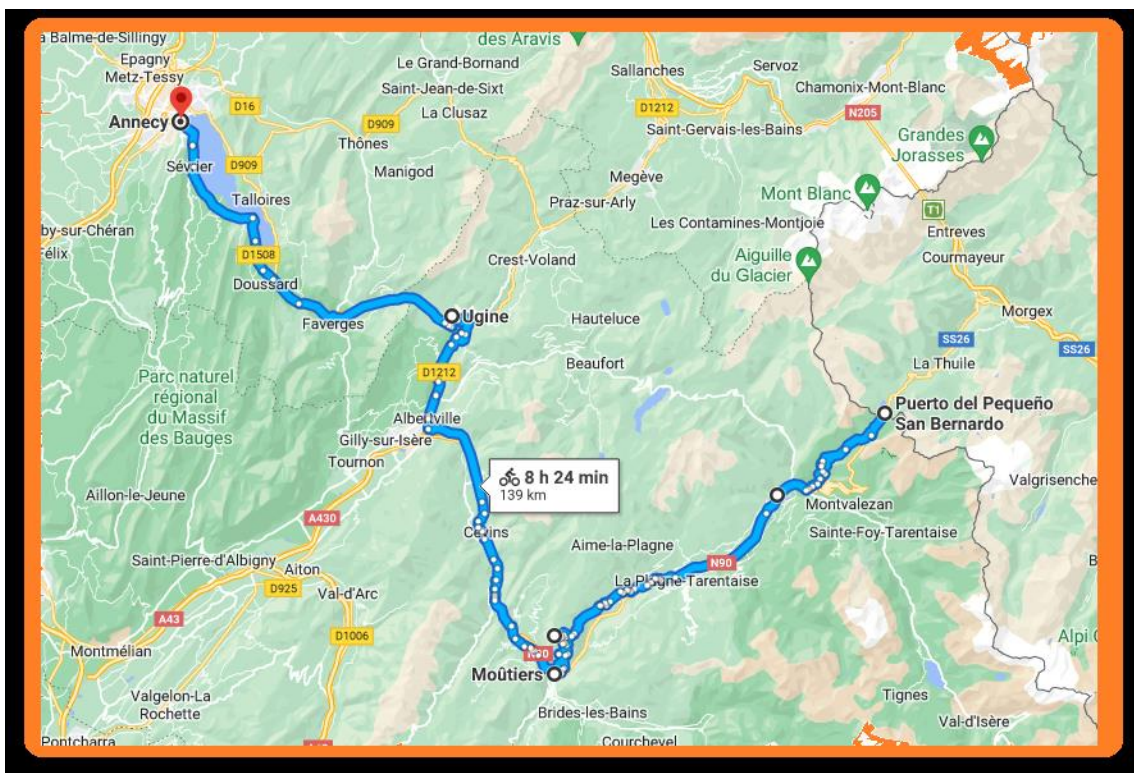
Y suficientemente descansados, otra vez a la carretera, quiere decirse a la cuesta arriba; y otra vez tenemos al de Valladolid con la tortura de un millar de alfileres en sus piernas y otra vez al Nassau animando y empujando.

Pero a 3 kilómetros del alto hay que parar; se sientan junto al camino y comen unos fiambres con pan. Y otra vez a sentarse en el sillín; por cierto que a Felipe, además de las pantorrillas, le duele el trasero.

Pero en el último kilómetro recupera las buenas sensaciones y corona alegre y satisfecho; incluso le da las gracias a Guillermo por haberle metido en semejante aventura.



Pequeño san bernardo Ancecy



La tercera etapa se encuentra en Annecy: desde una altitud superior a los 2000 metros van a llegar a un lago que se encuentra por debajo de los 500 metros.

Terminado el descenso del puerto en Bourg saint Maurice, los dos muchachos flamencos siguen el curso del Isere.

En Albertville toman dirección a Ugine y pronto tienen el lago a la vista.

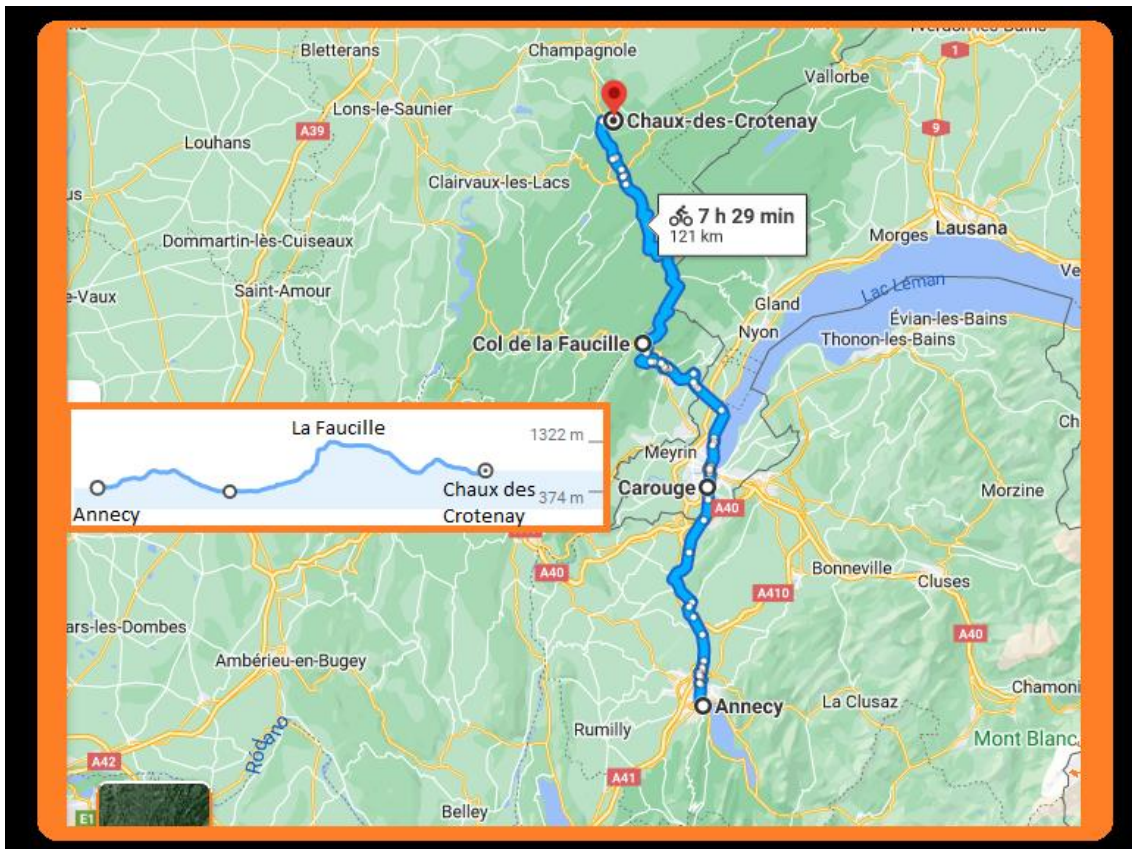


Como han terminado muy pronto tienen tiempo de pasear por la ciudad: el Palacio de la isla, la iglesia de San Francisco de Sales, la calle de la estación, los jardines...



Annecy Chaux des crottenay

La cuarta etapa radica en Chaux des crottenay.



Parten con el alba de la católica Annecy y están bastante temprano en la católica Carouge.

Toman un chocolate con un relámpago en la pastelería Martel y oyen misa en la iglesia católica de la Santa Cruz.

Cruzan el Arve y Felipe comenta a Guillermo en voz baja que han entrado en la Ginebra de Calvino.

Cuando ruedan en busca del Ródano escuchan más que ven el murmullo del gentío acompañando los gritos de dolor de un desgraciado que suplica que alguien misericordioso añada leña seca a la hoguera en la que está siendo sacrificado.

Felipe pregunta sobre el pecado del criminal y una anciana le responde que ha negado la santísima Trinidad.

Guillermo tira de Felipe; no puede soportar los gritos próximos al aullido de un animal feroz herido.

Y pronto están subiendo La Faucille; sin problemas; las colinas del Jura son un juego de niños comparadas con los puertos alpinos.

Y casi sin darse cuenta están en la etapa: Chaux de crotenay.

Buscan un alojamiento y tras la cena Felipe tiene ganas de charlar.

Le explica a su amigo-hermano que han entrado de nuevo en las tierras de la familia: en efecto, están en el Franco Condado.

Cuenta que Chaux es un término habitual en las tierras del Jura: significa “sitio en altura” o algo parecido.

Y dice que hay un castillo enorme, digno del rey Arturo. Guillermo comenta que no han visto nada semejante al llegar y Felipe responde que es posible que se encuentre en ruinas.

Guillermo saca al fin el tema del desgraciado de Ginebra y Felipe opina que negar el misterio de la Santísima Trinidad es algo muy, muy grave. Eso suponiendo que la acusación fuera cierta, ya que considera posible que el fanático Calvino haya montado un juicio prefabricado contra el pobre hombre.

Guillermo opina que en materia religiosa debería regir la libertad de pensamiento.

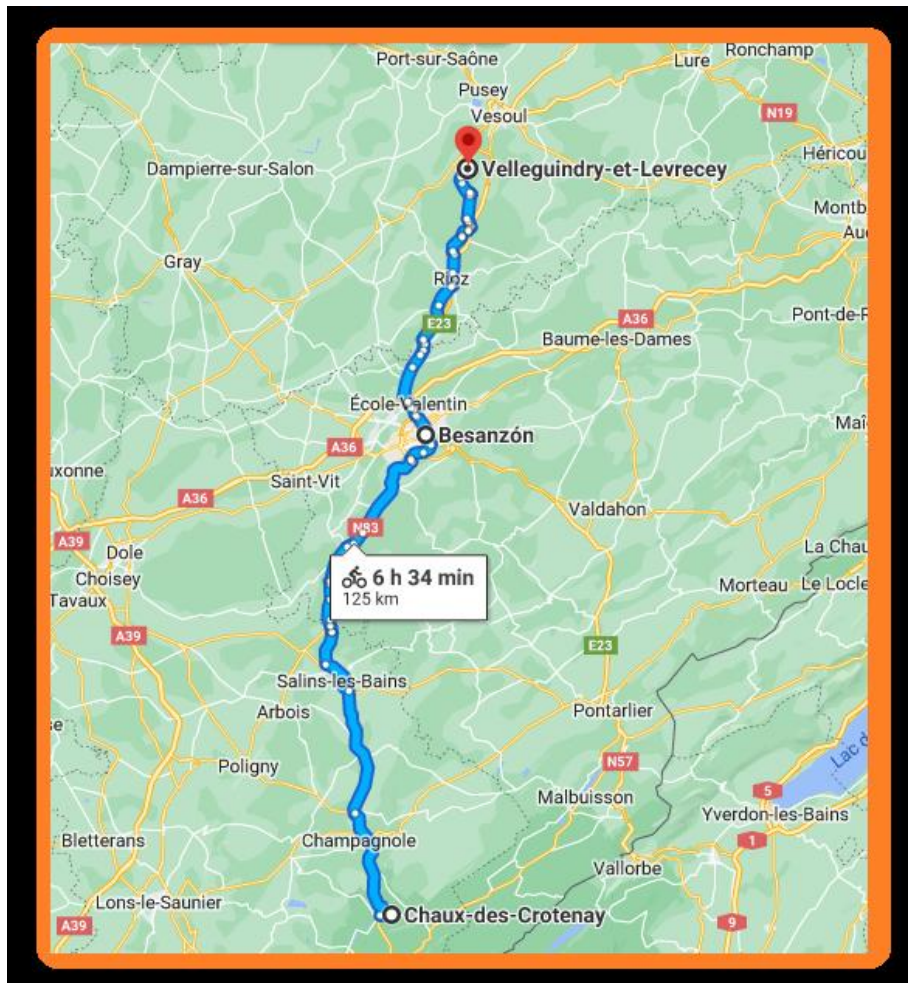
Felipe le responde que él ama la libertad, pero entiende que esta debe reinar en el ámbito de lo humano; en el campo de lo religioso sólo debe reinar Dios.

La conversación, combinada con los más de 100kms de pedaleo de la jornada, acaba por cerrar los párpados de los dos jóvenes.

Chaux de crotenay Velleguindry-et-Levrecey

La quinta fracción termina en Velleguindry-et-Levrecey.

Un poco más tarde de lo previsto llegan a Besançon: por algún motivo que Felipe no ha entendido muy bien, Guillermo ha impuesto un rodeo por una pequeña aldea rural de nombre Vuillafans.

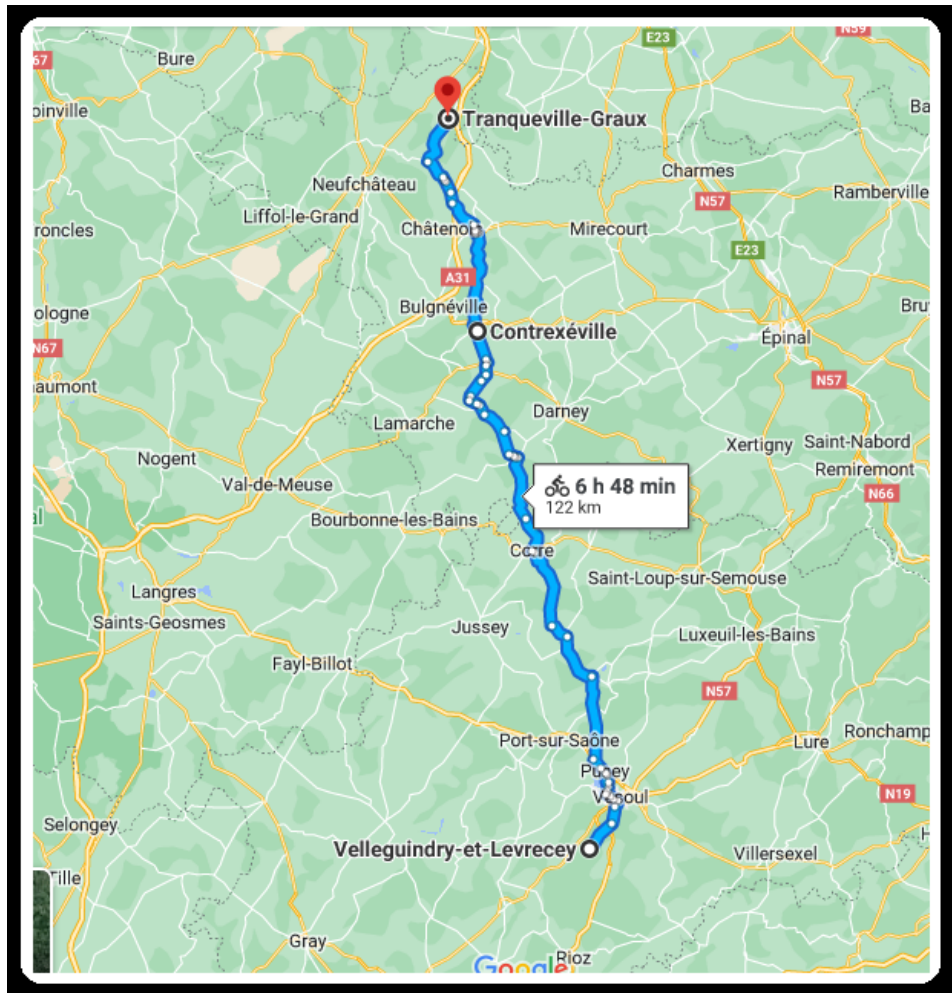


Y más pronto que tarde se presentan en Velleguindry; Felipe se recrea en los bosques y en las tierras de labranza. Cenar bien y a dormir.



Velleguindry-et-Levrecey Tranqueville-Graux

La sexta etapa está en Tranqueville.



Felipe va contando a su joven amigo que ya han abandonado el Franco Condado.

-Estamos -le dice- en la llanura lorenesa. Mi tatarabuelo, Carlos, hubiera dado la vida por ser el dueño de la Lorena. Bueno, de hecho, la dio.

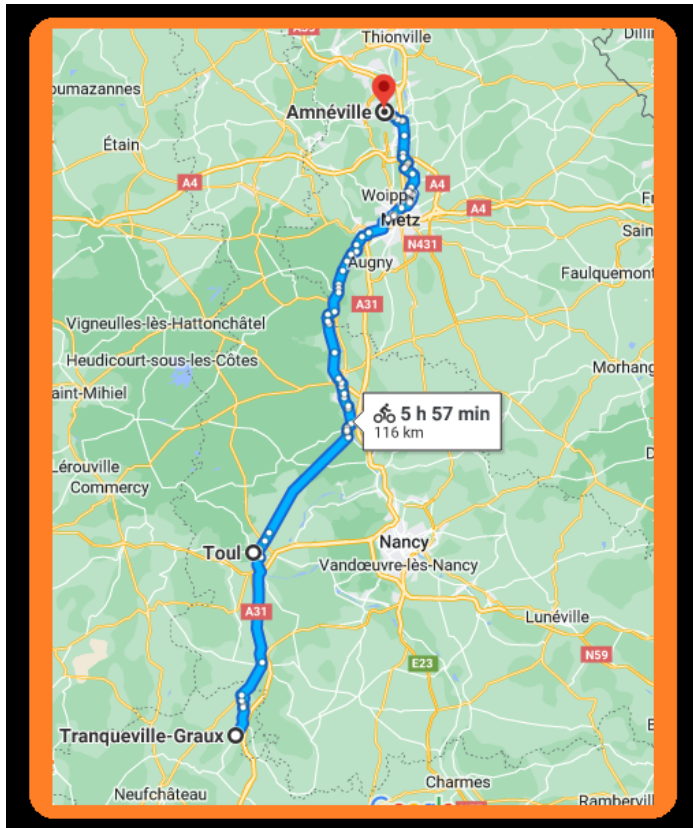
-A mi -continúa- me gustaría comprar la Saboya; si tuviera dinero, claro; así uniría el Franco Condado y el Milanésado. Pero para Carlos no se trataba de ligar a Flandes con Borgoña; era mucho más que eso. La Lorena para él era el corazón de Europa; o mejor aún, era el cerebro del Sacro Imperio. El rey de Lorena sería el "primero entre iguales" de los reyes europeos: a un lado le respetarían los reyes de Francia, Escocia e Inglaterra; y al otro, todos los príncipes alemanes. Y murió en el intento.

Y hablando el uno y escuchando el otro llegan a un precioso lugar.



Y pedaleando un poco más, casi darse cuenta, llegan a la etapa.

Tranqueville-Graux Amnéville



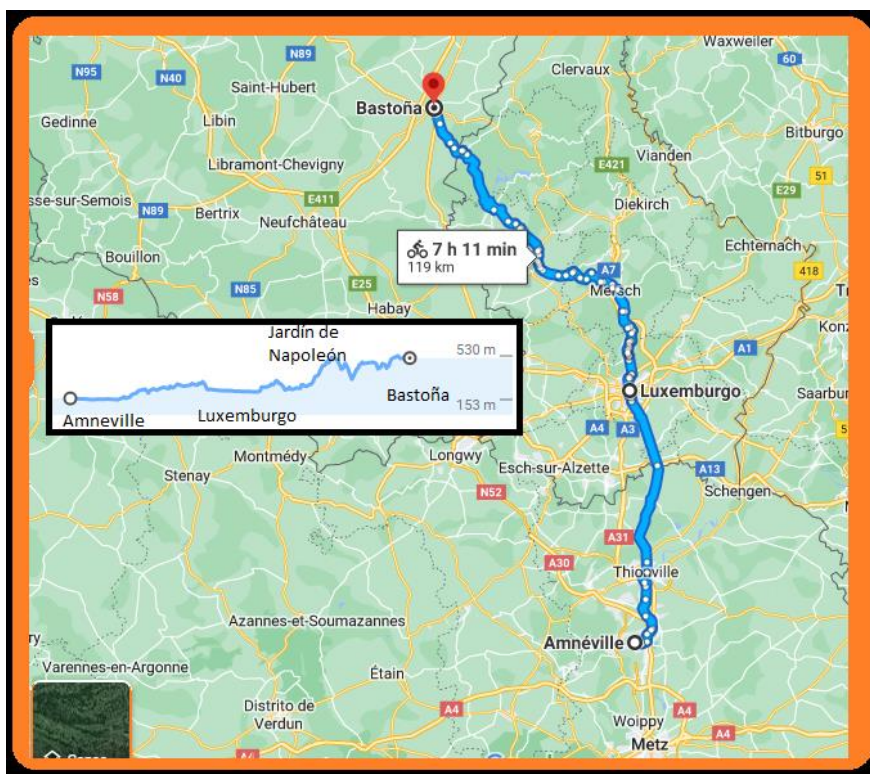
Séptima fracción: salen temprano de Tranqueville. A la altura de Nancy encuentran al Mosela; no entran en la ciudad del cardo y Felipe murmura algo sobre incendiarla y reducirla a cenizas.

Y la etapa resulta ser otra hermosa villa: Amnéville.



Amnéville Bastoña

La octava fracción va a atravesar el Luxemburgo.



Por supuesto Felipe informa a Guillermo de que otra vez está en sus dominios, ahora en Luxemburgo. Cuando empieza un repecho añade que se encuentran en las Ardenas, pero tiene que callar porque le falta el aliento.



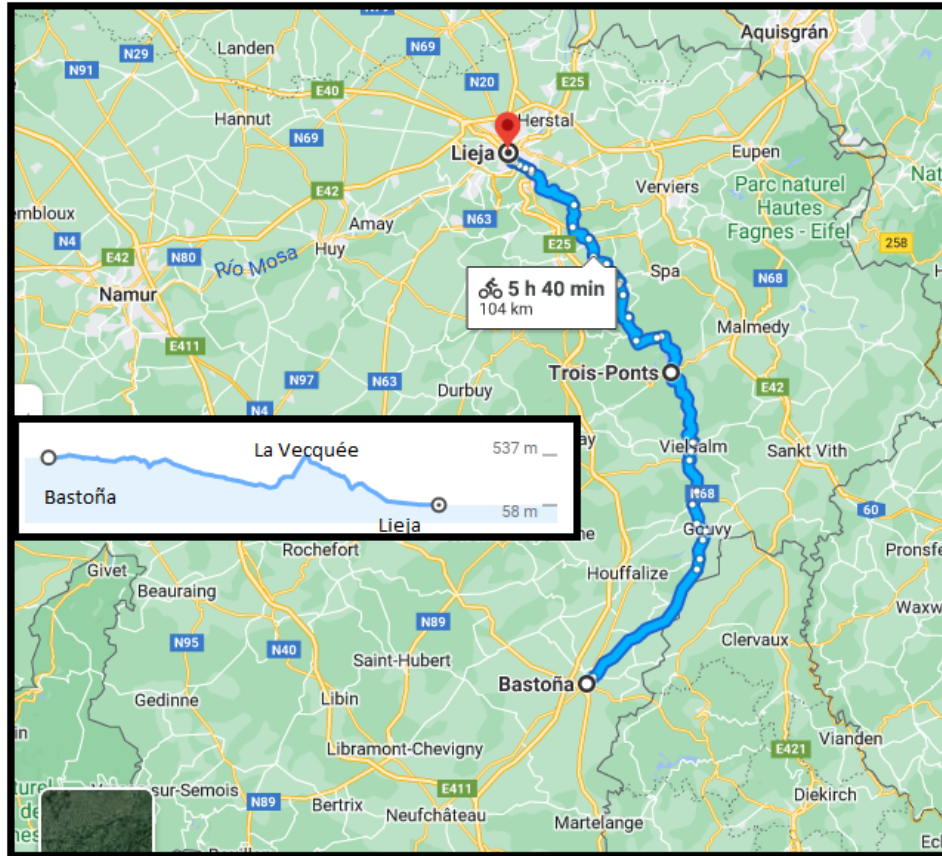
Aprovechando una bajadita Felipe reanuda su conferencia: cuando crucen la frontera de Bélgica seguirán en Luxemburgo. Y es que en cierto momento el ducado se dividió en dos: una parte para Leopoldo, el rey belga; y la otra para la casa Nassau-Orange reinante en Holanda.

Bastonia Lieja

La novena etapa es la ciudad de Lieja.

Bueno, la cosa pinta bien: se trata de bajar desde las Ardenas a Lieja, que esta en el Mosa, pero casi al nivel del mar.

El problema es que puede aparecer una cuesta en cualquier punto.

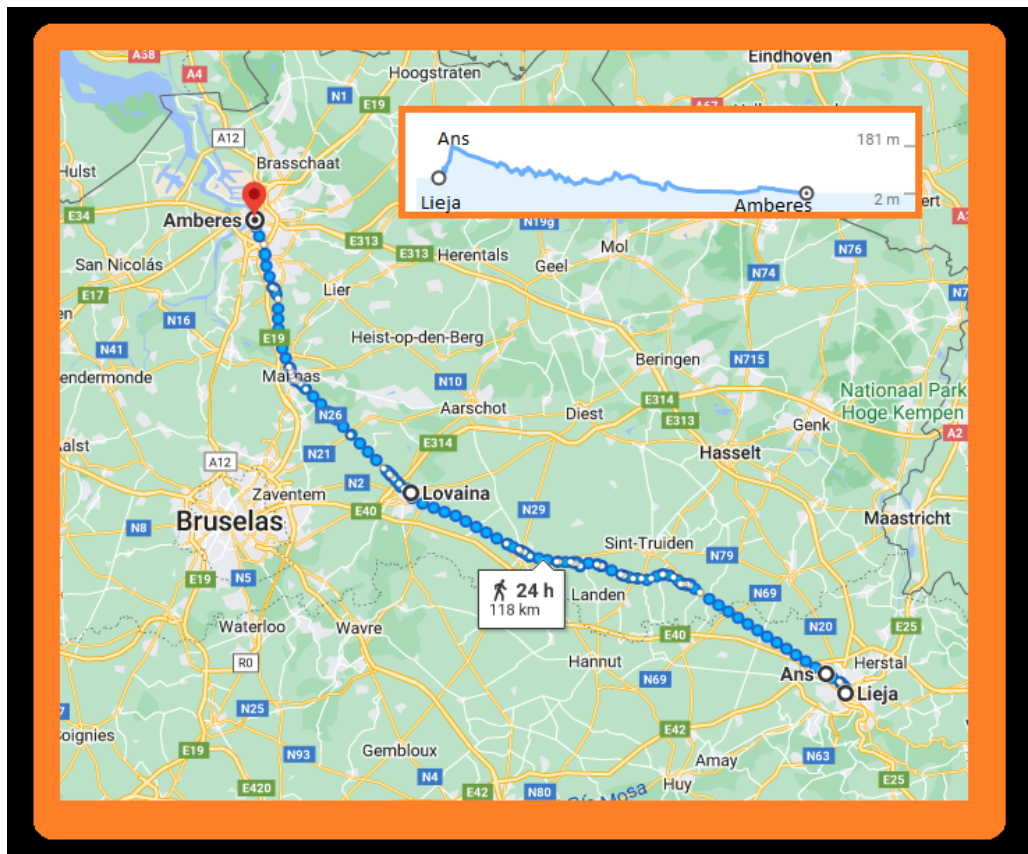


En Soumont, por ejemplo, Felipe y Guillermo encuentran una cuesta que sube hasta Fagnes de la Vecquée, donde nace el arroyo Chefnâ.



Lieja Amberes

Y la décima y última etapa es Amberes, la gran ciudad del Escalda.



Estamos en los Países Bajos y tenemos que ir desde una ciudad que se encuentra a 60 metros sobre el nivel del mar hasta otra que se encuentra a 6.

La cosa parece cantada, pero el pobre Felipe se encuentra nada más salir con la cota de Ans, y la verdad es que no le sienta muy bien; pero bueno, es un kilómetro malo y luego a disfrutar.

Y en Amberes está la tía María esperándoles. Ha venido en su coche desde Bruselas y le ha costado 4 horas el viaje pero merece la pena ver a su sobrino y a ese otro mozo, Guillermo, al que tanto quiere.

María ha sufrido mucho por sus hermanos Carlos y Fernando: siempre pensando que se iban a enfrentar en una lucha sin cuartel; y luego resulta que se han llevado de maravilla.

Y ahora piensa que estos dos mozos, Felipe y Guillermo, van a hacer una pareja estupenda y, además, van a conseguir para Flandes cosas estupendas no, lo siguiente.

Felipe retorna a Milán al día siguiente y se recrea en los buenos momentos de la experiencia; luego, en algún momento, entre vigilia y sueño, tiene dudas sobre algún detalle del viaje.

¿Han ido a caballo o en unos artilugios con ruedas y pedales? ¿Han vestido sus cotas de mallas o llevaban unas ropas flexibles y ajustadas cuyo nombres no consigue recordar? ¿La tía María ha viajado desde Bruselas en un tren que en 30 minutos la ha dejado en Amberes? ¿O ha hecho el viaje en un carricoche tirado por 4 mulas? ¿Y el castillo de Chaux era una construcción imponente o estaba en ruinas? ¿Y en el albergue del San Bernardo, eran unos frailes muy serios los que se encargaban de todo o era una guapa muchacha la que iba de mesa en mesa enseñando sus brazos desnudos y sus rodillas y sus....? ¿Y en la villa de Ludovico....? ¿Y....?

Y una vez en Milán el joven Habsburgo lo olvida todo; absolutamente todo.

En cambio Guillermo va recordando una y otra vez las mismas cosas mientras pasea por Tervuren.

Y a medida que pasan las semanas y los meses va precisando los detalles más insignificantes con una exactitud asombrosa.

Recuerda las palabras de Felipe sobre el duque Carlos: no quería unir Borgoña con Flandes, no; quería ser el rey de reyes, por encima del inglés y del francés y del emperador.

Y comprende que Felipe tiene el poder como aquello que da sentido a su vida: ser el rey de reyes; por encima del turco, y del azteca; y del francés; y del inglés; y del inca....

Y recuerda como ha tenido que ir siempre esperándolo a Felipe en todo el viaje; siempre animándole; diciéndole que a él, al Nassau, también le dolían las piernas; y a veces empujándole en los repechos del gigante alpino. Y saca en conclusión que él, el Orange, podría ser, con más razón aún que el Habsburgo, el todopoderoso gobernante.... de los Países Bajos, por ejemplo; o de Francia, por qué no.

Y recuerda los gritos de Servet en la hoguera de leña verde; en Ginebra le resultó insoportable la experiencia; pero ahora nota que le gusta analizar los detalles del caso; la frialdad de Felipe; la frialdad de la anciana a la que preguntaron; los sonidos que salían de aquella garganta, impropios de un homo sapiens.

Y a espaldas de María, su tutora, lee las obras de Calvino: le gusta su forma de escribir, pero sobre todo la lógica infalible con la que va desarrollando una idea tras otra, un pensamiento tras otro.

Y Guillermo compara la religión de los reformistas con la de los seguidores del obispo de Roma.

No le importa admitir que quizás el Cristo de los católicos es un mejor mediador entre el Padre y sus criaturas.

Pero está seguro de una cosa: al mercader de Gante que consigue multiplicar sus dineros año tras año, unas veces por 2 y otras por 3; a ese hombre de éxito, militar o marino, o clérigo, que ve crecer a sus bienes y progresar a su familia; a ese hombre del Renacimiento, lo que le sienta a la medida es el Cristo de Calvino.